



En Memoria de Jose Schlosser y Eva Schlosser (Q.E.P.D.)

Selección de texto realizada para la "Cadena Fraternal", Página editada con los auspicios de la

Respetable :. Logia:. Simbólica "La Fraternidad n°62" de Tel Aviv, Israel

WWW.CADENAFRATERNAL.COM

Plancha 1291

A::L::G::D:: G::A::D::U::

S::F::U::

Agosto 24, 2026

“CREER NO ES SABER”

V::M::, QQ::HH::

Hay afirmaciones que parecen sencillas hasta que las dirigimos hacia nosotros mismos. Creer no es saber es una de ellas. Todos poseemos convicciones. Algunas proceden de nuestra educación, otras de nuestras experiencias, de la tradición, de personas cuya autoridad respetamos o simplemente de ideas que hemos escuchado tantas veces que terminamos aceptándolas como ciertas.

El problema no está necesariamente en creer. El problema comienza cuando dejamos de distinguir entre aquello que creemos y aquello que realmente sabemos. Por eso, quizá debamos formularnos una pregunta incómoda: ¿Cuántas de las cosas que afirmamos saber son, en realidad, cosas que simplemente creemos?

Una convicción puede ser sincera y estar equivocada. Puede ser antigua y no por eso ser verdadera. Puede ser compartida por muchas personas y continuar necesitando fundamento. La intensidad con que defendemos una idea no demuestra su verdad.

La filosofía nos ofrece una enseñanza poderosa a través de Sócrates. En la Apología de Platón aparece la idea de que reconocer los límites del propio conocimiento resulta intelectualmente superior a creer que sabemos aquello que realmente desconocemos. No se trata de elogiar la ignorancia, sino de reconocerla, porque la ignorancia reconocida puede comenzar a corregirse; la ignorancia disfrazada de certeza difícilmente siente necesidad de hacerlo. El hombre que dice «no sé» todavía puede preguntar. Quien pregunta puede buscar. Quien busca puede estudiar. Quien estudia puede comprender. Y quien comprende puede descubrir incluso que aquello que creía cierto estaba equivocado. Rectificar, entonces, no debería considerarse una derrota. A veces constituye una victoria sobre nuestro propio orgullo. Aquí la reflexión entra directamente en el terreno masónico.

La Masonería habla de Luz. Pero recibir la Luz no significa poseer toda la Luz. Ser iniciado no significa haber llegado; significa haber comenzado. El iniciado recibe símbolos, herramientas y enseñanzas, pero ninguna ceremonia puede realizar por él el trabajo interior que deberá desarrollar durante su vida.

Podemos recibir el Mazo, pero nadie puede levantarlo por nosotros. Podemos conocer el Cincel, pero debemos decidir dónde aplicarlo. Podemos contemplar la Plomada, pero ninguna Plomada simbólica endereza por sí sola nuestra conducta.

Podemos hablar durante años de la Piedra Bruta y continuar sin reconocer algunas de nuestras propias asperezas. Por eso existe una diferencia profunda entre conocer un símbolo y permitir que ese símbolo trabaje sobre nosotros. Podemos explicar la Escuadra y actuar injustamente. Podemos hablar del Nivel y sentirnos superiores a otros Hermanos. Podemos conocer el significado de la Plomada y permitir que nuestros intereses inclinen nuestro juicio. Podemos hablar de fraternidad y negar nuestra mano precisamente al Hermano con quien tenemos una diferencia.

Entonces surge una pregunta inevitable:

¿Conocemos realmente nuestros símbolos o solamente sabemos hablar de ellos? Una Escuadra puede explicarse en pocos minutos. Vivir conforme a lo que representa puede exigir toda una vida.

Ahí comienza la diferencia entre información, conocimiento, comprensión y sabiduría. Podemos recibir información sin comprenderla. Podemos adquirir conocimientos sin permitir que nos transformen. Podemos comprender intelectualmente una virtud y fracasar cuando llega el momento de practicarla. La sabiduría comienza cuando aquello que hemos comprendido modifica nuestra manera de vivir. Un hombre puede conocer perfectamente la definición de tolerancia y ser intolerante. Puede estudiar la humildad y necesitar constantemente reconocimiento. Puede hablar de fraternidad y conservar resentimientos. Puede estudiar la Piedra Bruta durante décadas y dedicar más tiempo a señalar las asperezas ajenas que a trabajar las propias. El símbolo, entonces, todavía permanece fuera de él.

Existe además otro peligro: creer que ya poseemos la Luz puede convertirse en una nueva forma de oscuridad. Es la oscuridad de quien deja de preguntar porque considera que ya conoce las respuestas. De quien deja de escuchar porque supone que nada puede aprender del otro. De quien interpreta cualquier desacuerdo como ignorancia ajena. De quien utiliza sus conocimientos no para comprender mejor, sino para demostrar cuánto sabe. Por eso el conocimiento masónico debería caminar acompañado de humildad.

Cuanto más aprendemos, más conscientes deberíamos ser de cuánto nos queda por aprender. Esta reflexión también tiene una aplicación profundamente fraternal.

Puedo creer que un Hermano actuó con determinada intención, pero creerlo no significa saberlo. Puedo escuchar una versión de un acontecimiento, pero conocer una versión no significa conocer toda la verdad. Puedo interpretar un silencio como desprecio, una ausencia como indiferencia o una discrepancia como enemistad.

Pero una interpretación sigue siendo una interpretación.

Cuántos conflictos nacen precisamente porque reaccionamos no ante aquello que sabemos, sino ante aquello que creemos saber. Construimos una explicación sobre el otro. Después creemos nuestra propia explicación. Finalmente lo juzgamos como si aquello que imaginamos hubiera sido demostrado. Quizá antes de juzgar deberíamos distinguir con mayor cuidado entre lo que vimos, lo que escuchamos, lo que podemos demostrar, lo que interpretamos y lo que simplemente creemos. Esa distinción también forma parte del trabajo sobre nuestra Piedra.

El verdadero iniciado debería conservar siempre la capacidad de preguntar:

¿Estoy seguro?

¿Cómo lo sé?

¿Lo comprobé?

¿Lo estudié?

¿O simplemente lo he escuchado tantas veces que terminé considerándolo verdadero?

¿Estoy defendiendo una verdad o estoy defendiendo mi orgullo?

Y entonces aparece quizá la pregunta central de esta reflexión:

¿Qué ocurre cuando dejamos de buscar la Luz porque hemos comenzado a creer que ya la poseemos?

Quien reconoce que se encuentra en la oscuridad todavía puede buscar una lámpara. Pero quien confunde su oscuridad con la Luz difícilmente sentirá necesidad de buscar. Creer puede ser el principio del camino. Podemos creer, dudar, preguntar, buscar, estudiar, comprender y finalmente vivir aquello que hemos comprendido.

Algunas creencias se fortalecerán durante ese proceso; otras tendrán que modificarse, y algunas quizá deberán abandonarse. Eso no debería asustarnos. El iniciado no debería

temer descubrir que estaba equivocado. Debería temer llegar al convencimiento de que ya no tiene nada que aprender. Porque mientras podamos decir sinceramente «no lo sé», todavía podemos buscar. Mientras busquemos, todavía existe camino. Y mientras exista camino, nuestra Piedra continúa esperando el Mazo y el Cincel.

Creer no es saber. Comprender esa diferencia quizá sea una de las primeras formas de comenzar verdaderamente a saber. Así lo pienso. Así lo sostengo en conciencia. Y así lo expreso.

Muchas gracias,

M.:M.: Conrado Milanes

Respetable Logia Luz de America No. 255

La Muy Respetable Gran Logia de Libres y Aceptados Masones de el Estado de la Florida.